



Reconstrucción de una casa de vikingos cerca de la localidad de Leyre, Dinamarca.

Los arios en Europa

Uno de los más apasionantes ejercicios que puede realizar el historiador de la antigüedad, especialmente si es prehistoriador o arqueólogo, es el de identificar con los grupos culturales que observa en las comarcas europeas y sus vecinas asiáticas a los pueblos históricos, con nombre conocido, que forman la trama de las primeras tradiciones conservadas en los textos clásicos.

La aureola con que fue recubriéndose el papel dominante, de pueblo escogido, que se otorgó a los indoeuropeos o arios ha tenido a veces motivaciones de prestigio nacional, si se nos permite, de chauvinismo o racismo. La identificación de lengua indoeuropea con raza nórdica tuvo consecuencias que es mejor olvidar.

Evidentemente nos faltan datos seguros para identificar los grupos culturales pre-

históricos con los pueblos históricos de los que sabemos que pertenecían a la gran familia lingüística que denominamos indoeuropea. El nombre no es muy acertado, ya que sería más justo llamarla indogermana, reuniendo los nombres de los dos representantes más destacados de los dos grandes grupos en que aquélla puede dividirse. Pero los problemas que se plantearon por quienes pretendían dar la preponderancia a lo germánico en esa confusión entre lengua, raza y cultura, ha motivado que se haya prescindido de dicha denominación.

Para presentar las múltiples hipótesis que tal identificación plantea cuando llegamos a la edad del bronce, necesitaríamos no un capítulo, sino un libro entero. Podríamos incluso penetrar en el neolítico y aun en el mesolítico y el paleolítico superior

para hurgar en las más viejas raíces europeas. Contentémonos con que se pueda aclarar el problema, referido tan sólo a la edad de los metales, que tantos cambios en la economía y tantas migraciones provocó en Eurasia.

El tráfico de los metales motivó un principio de conocimiento geográfico del occidente y del norte de Europa. César se vale aún, para orientarse en sus conquistas, de estos *mercatores*, que debían de conocer desde muy antiguo los recursos naturales de cada región, los pasos en las montañas, los vados y los caminos, así como los peligros que acechaban de tribus indómitas, que había que evitar o ganar con regalos. Con sus lingotes de bronce iban al Norte a buscar, en las riberas del mar Báltico, el ámbar apetecido por los pueblos del mar del Sur. Sus trabajos y provechos problemáticos se-

rían muy parecidos a los de los conquistadores europeos al llegar a América: atraídos por un espejismo de riquezas, exploraron un país inmenso que, en la mayoría de los casos, se negó a recompensarles sus fatigas.

Del conocimiento empírico de los mercados prehistóricos, con su información vaga e incompleta, los escritores antiguos aprendieron a distinguir varias razas o pueblos entre los pobladores primitivos de Europa. Su clasificación no se funda en objetos de su ajuar: cacharros, vasijas, armas y joyas, como la nuestra, que ha permitido la división esquemática de la edad del bronce en varios períodos y la del hierro en las culturas de Hallstatt y La Tène. Los geógrafos griegos y romanos aprecian diferencias entre las varias gentes europeas que permiten una clasificación más precisa que la de los antropólogos modernos. Por de pronto, algunos

Aspecto de la recortada costa de Narvik, en Noruega, región habitada desde antiguo por pueblos de cuya existencia ya tuvieron noticia los antiguos escritores griegos y romanos.



exploradores y geógrafos clásicos trataron personalmente a los primitivos europeos, distinguieron y anotaron sus caracteres físicos y morales, color de su tez y su cabello, y aprendieron sus lenguas y dialectos.

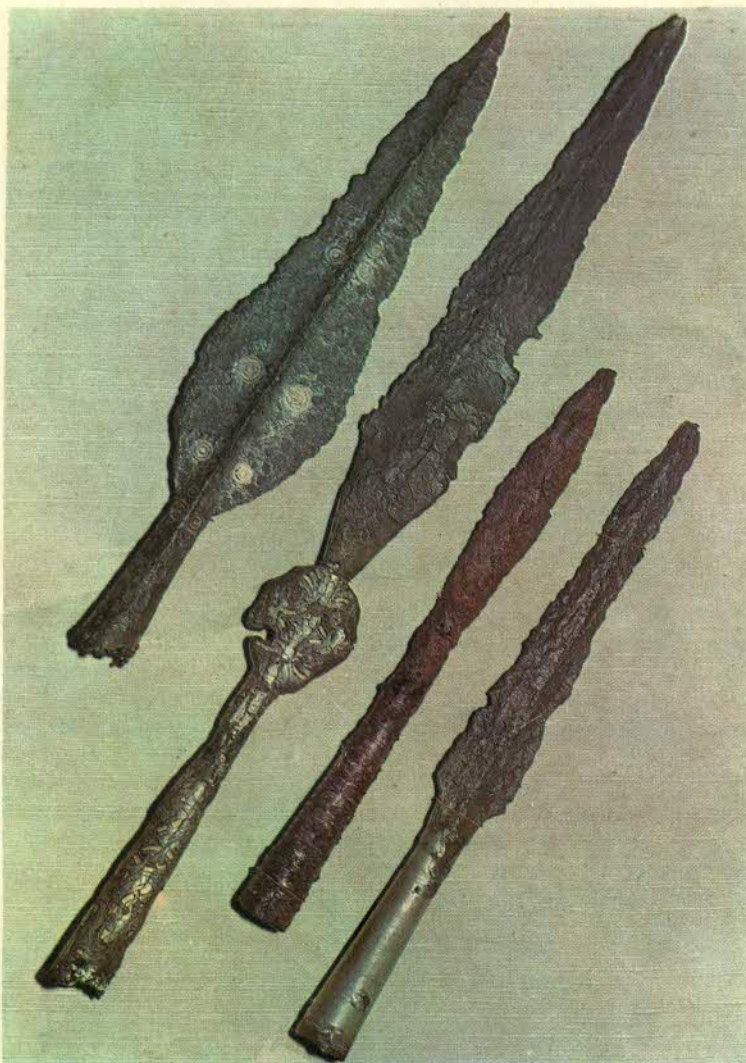
Simplificando en extremo, los más viejos escritores antiguos distinguieron ya en el occidente de Europa tres razas: iberos, ligures y celtas, que creemos responden a los tres tipos que presentaban los esqueletos neolíticos y que hemos designado con los nombres vagos de tipo mediterráneo, tipo alpino y tipo nórdico. Pero si los iberos y celtas quedan bien caracterizados, porque son razas que subsisten hasta los tiempos históricos, la oscuridad es todavía muy densa para poder precisar cuál fue el área de extensión de los ligures y si quedaron sobrevivientes de ellos en el norte de Italia y el sur de Francia. Es fácil también que los ligures no consi-



Disco de oro procedente de Gotlandia, Suecia, inspirado directamente en las medallas romanas. En el centro, unas figuras de caballo y caballero (Museo Nacional, Estocolmo).



Casco de hierro y bronce dorado procedente de Vendel, en Suecia (Museo de Historia, Estocolmo).



Puntas de lanza, típicas armas vikingas hechas de hierro con incrustaciones de plata (Museo Nacional, Estocolmo).

tituyesen en realidad una raza pura, sino que fueran el resultado de un cruzamiento de nórdicos y mediterráneos diluidos en diferentes grados.

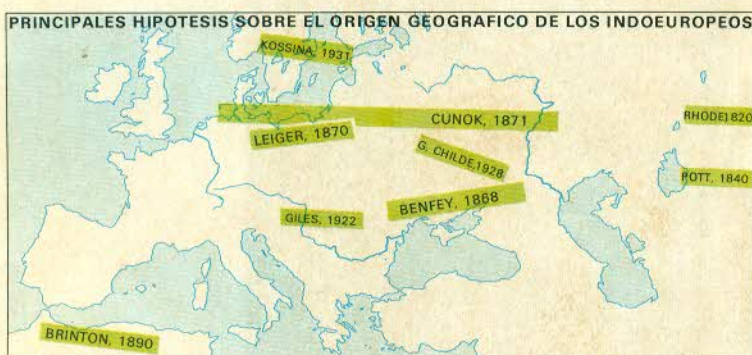
Cuando los escritores griegos y romanos tienen que dar referencias de pueblos más alejados todavía, la información se va haciendo más vaga aún y fantástica; sin embargo, por ellos sabemos que el centro y el norte de Europa estaban habitados por los

germanos o teutones, los dacios, tracios y eslavones, los escitas y letones, etc. ¿Qué pueblos eran éstos y de dónde venían? He aquí el problema que ha preocupado a los antropólogos y filólogos durante más de medio siglo. Como de muchos de ellos quedan sucesores de la misma raza en el país de su origen y hablan la lengua prehistórica (más o menos modificada por contacto con otras razas y por natural evolución), de su lenguaje recibimos las más inesperadas revelaciones. Sus lenguas tienen ciertas analogías que no pueden ser simples coincidencias.

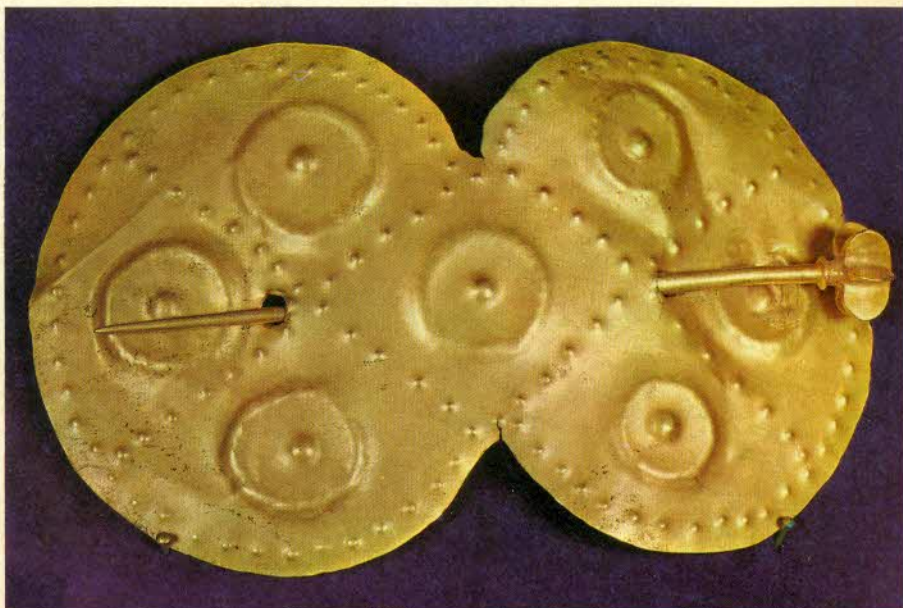
Además, a últimos del siglo XVIII se observó que el sánscrito, o lengua literaria de la India, tenía palabras parecidas a las de muchas lenguas europeas, y prosiguiendo estos estudios se notaron también analogías con el *zendo*, o persa antiguo, y que estos dos idiomas, el *zendo* y el sánscrito, con el armenio y acaso el hitita y el frigio, formaban una familia de lenguas a la que pertenecían también la mayoría de las europeas, que se llamaron lenguas indoeuropeas, bien diferenciadas de las demás lenguas del mundo. No solamente tienen parecidas palabras, sino la formación de casos y tiempos con sufijos, esto es: que se añaden partículas análogas a cada nombre para indicar el genitivo, el dativo, etc., del mismo modo que se añaden partículas o desinencias a la raíz del verbo para indicar los diferentes tiempos y personas.

Vamos a poner algunos ejemplos para que se vea el trabajo a que se han dedicado los filólogos modernos al tratar de averiguar lo que eran las lenguas primitivas de estos pueblos indoeuropeos. El perro, que hemos visto tenían domesticado ya los indios americanos y los australianos, debía de ser conocido de todas estas razas que hablan lenguas indoeuropeas antes de esparcirse por Europa y Asia. Y así es. El nombre del perro en sánscrito es *svan*, en persa antiguo *span*, en lituano *szun*, en viejo irlandés *cun*, en griego *kyon*, en latín *canis*, en viejo alemán *hun...*, de manera que el sonido de C y de N pronunciado según las diferentes razas quiere decir *can*, que tal vez en un principio pudo significar "el prolífico", por la facilidad con que se reproduce el perro en comparación con el hombre.

El nombre de la vaca, que estaría formado con vocales añadidas a la *v* y la *c*, aparece análogo en sánscrito, persa, armenio, griego, celta, germano y eslavo, lo que quiere decir para los filólogos que la vaca fue domesticada antes de que se separaran estas familias de pueblos, y añaden que hay una confirmación de este hecho en la circunstancia de que los nombres de los colores que



son comunes a todas las lenguas indoeuropeas son los colores que tienen las vacas. Ya veremos que todavía la vaca es venerada como el primer animal doméstico en la India; hasta a su estiércol se atribuyen propiedades antisépticas. Los arios de Persia también consideraban favorecida la tierra donde el ganado producía mucho estiércol, porque apisonado servía de pavimento y seco se usaba para combustible, como en los llanos de América se empleaba el estiércol de búfalo para calentarse hasta hace muy poco. La vaca habría sido la compañera de la mujer aria primitiva, viviendo en su propio hogar; no es, pues, extraño que el nombre "rojo" sea común en sánscrito, griego, latín, eslavo, celta y germano; en cambio, las primitivas lenguas indoeuropeas no tenían un nombre común para el azul y el verde. Parece algo arbitrario hacer derivar el nombre de los



Una fibula de dos piezas, de las más primitivas que se conocen, hecha de metal repujado (Museo Petit Palais, París).



El mar, siempre presente en el paisaje del norte de Europa (en la fotografía, fiordo de la costa oeste de Noruega), determinó la vocación marinera de los vikingos.

HITOS ESENCIALES DE LA LINGÜÍSTICA INDOEUROPEA

- | | | | | | |
|-----------|--|------|---|------|---|
| 1540-1588 | El mercader florentino Filippo Sassetti nota la similitud entre el sánscrito y el italiano. | 1816 | Franz Bopp: "Sobre el sistema de la conjugación sánscrita en comparación con la del griego, latín, persa y alemán". | 1842 | Bulwer Lytton niega el origen asiático de los indoeuropeos. |
| 1597 | Bonaventura Vulcanus ("De litteris et lingua Getarum sive Gothorum") establece la semejanza entre el persa y el alemán, idea que será corriente en el siglo XVII. | 1818 | Rask demuestra las relaciones existentes entre el germánico, el leto-eslavo, el griego y el latín. | 1854 | El albanés reconocido como lengua indogermánica por Bopp. |
| 1788 | Observación de las semejanzas filológicas entre el sánscrito, el griego y el latín por W. Jones, que le hacen llegar a la idea de un origen común, del que podrían participar también lenguas como el celta y el alemán. | 1820 | J. G. Rhode fija en el Asia Central el lugar de origen de los indoeuropeos, ya considerados como pueblo. | 1861 | Max Müller extiende la creencia en el origen asiático de los arios. |
| 1813 | Thomas Young, conocedor de la obra de Jones, emplea el término "indoeuropeo" para designar el origen común de ciertos idiomas. | 1833 | Franz Bopp: "Gramática comparada del sánscrito, zendo, armenio, griego, latín, lituano, antiguo eslavo, gótico y alemán". | 1866 | G. de Mortillet niega la existencia de un pueblo indoeuropeo o ario. |
| | | 1840 | F. A. Pott sitúa el pueblo "ario" primitivo en los valles del Oxus y del Yaxartes y en las faldas del Hindu-Kuch. | 1875 | Hübschmann considera el armenio —antes tratado como dialecto persa— como un idioma indoeuropeo independiente. |
| | | | | 1907 | F. W. K. Müller reconoce una nueva lengua indoeuropea: el tocario, en el Asia Central. |
| | | | | 1915 | Descubrimiento del hitita cu-neiforme por Hrožny. |



Bastón procesional con cabeza de mastín perteneciente al ajuar litúrgico hallado en el buque de Oseberg (Museo de Oslo, Noruega).

colores del de los animales, pero observemos que muchas razas africanas sólo tienen todavía nombres para los colores de los animales que cazan o domestican: negro, gris, blanco, amarillo y rojo. Todavía hay más: los lapones, para indicar "color" tienen la palabra *karva*, que quiere decir "cabello", y carecen de nombres propios para los colores azul y verde, acaso porque no hay cabellos de estos matices.

Pero si los nombres del perro y de la vaca nos dicen que estos animales debieron de ser conocidos, mejor dicho, domesticados, antes de separarse los pueblos que hablaban las lenguas indoeuropeas, de los nombres de las plantas y de otros animales recibimos todavía más extraña información. La oveja, *ovis*, es fácil que fuese ya conocida, pero no la cabra. Su nombre latino, *capra*, se extiende al celta y al germano; en cambio, en los otros idiomas indoeuropeos tiene un nombre análogo a la palabra griega *aiǵ*, completamente diferente. Lo cual quiere decir que un grupo de aquellos pueblos se separó del otro grupo antes de domesticarse la cabra.

Lo mismo ocurre con los metales. La palabra antigua para designar el cobre sería algo así como *aes*, *aiz*, *erz*, *ayas*, pero triunfó el nombre semítico cobre, que impusieron los fenicios de Chipre.

Sorprende que para el oro, un metal tan antiguo, se encuentren dos raíces distintas: el latín *aurum* se reconoce en el sánscrito *iranyia* y el persa *zaranya*, mientras que los germanos adoptaron la raíz *gulth*, que quiere decir amarillo, brillante, y de ellos lo apren-

dieron los eslavos. Es curioso que *aurum* (en sabino, *ausum*) quiere decir también brillante, reluciente, del que ha derivado el nombre de aurora. He aquí, pues, una cualidad del oro expresada con dos sonidos ciertamente bien diferenciados por dos grupos de lenguas indoeuropeas.

¿Qué maravillosa e inesperada fuente de información parecía prometernos, pues, la filología! El lenguaje, como un fósil del espíritu, nos conservaría el pasado de las razas; no sólo los esfuerzos del conocimiento, sino sus relaciones políticas, las dependencias de unas culturas con otras. Así, poco a poco, vino a establecerse una teoría para el origen de estos pueblos de lenguas indoeuropeas, conocida con el nombre de "teoría de los arios", que, aunque algo desacreditada, vamos a exponer a continuación. Todas las razas que hablan o hablaron una lengua indoeuropea habrían venido del Asia, de la vertiente norte del Himalaya: unas habrían descendido hacia el Sur, las otras habrían avanzado hacia el Oeste, hacia Europa. ¿Por qué? ¿Qué razones había para situar en el corazón de Asia el centro de irradiación de los pueblos arios? La principal era la tradición bíblica de que el Asia es la cuna de la humanidad, y el viejo criterio de que de Oriente viene la luz, y sólo de Oriente puede venir la civilización. Pero la vertiente norte del Himalaya no es el centro geográfico de los pueblos que hablan lenguas indoeuropeas ni un lugar muy propicio para desarrollarse las grandes familias de pueblos que debían invadir la India, Persia y Europa... Pero, en fin, continuemos con la hipótesis aria. Estos primitivos indoeuropeos fueron llamados *arios* por Max Müller, porque así son mencionados en los Vedas los invasores, que aún constituyen las castas superiores de la India, y los reyes persas se llaman asimismo arios entre sus títulos de honor.

Aceptado provisionalmente, pues, que una gente llamada aria partió del centro del Asia para invadir la India, Persia y Europa, el examen más detenido de los lenguajes hizo avanzar otro paso a la teoría, con la idea de las dislocaciones sucesivas y periódicas oleadas de pueblos que se derramaron hacia el Sur y hacia el Oeste. Estas invasiones prehistóricas eran movimientos de naciones enteras en marcha, como las que inundaron el sur de Europa en el siglo V de la era cristiana. Primero se habrían desprendido los germanos, celtas e itálicos, que, empujados por los siguientes, habrían llegado al extremo oeste de Europa. A esta oleada siguió otra de letones, dacios, ilirios y helenos; la tercera dislocación fue la de los tracios y eslavos; finalmente, los últimos que



Estela con la figura de Odín, el dios vikingo señor de la Walhalla, a quien los germanos llamaron Wotan (Museo de Halle, Alemania).





partieron hacia el Oeste fueron los sármatas y escitas... Observemos que algunos de estos individuos de la familia de lenguas indoeuropeas, o arias, se han extinguido: el frigio es una lengua muerta; el sármata, el tracio y el ilirio son idiomas completamente desaparecidos.

Aquí ya empieza, pues, la primera dificultad, faltan anillos en la cadena. Además, el parentesco de estas lenguas, siendo todavía innegable, no es tan sistemático como podría esperarse de la teoría de las emigraciones sucesivas. Según esta hipótesis, los pueblos más alejados del centro de irradiación tendrían raíces comunes, en sus lenguas, sólo para los nombres de ciertas cosas prehistóricas. A cada nueva oleada de pueblos, las raíces comunes de los lenguajes que forman grupo deberían demostrar un grado más avanzado de cultura.

Pero no ocurre esto así; además, la información arqueológica contradice a la filología. Recordemos que de estos pueblos que hablan idiomas arios o indoeuropeos poseemos no sólo sus lenguajes, sino también sus cráneos y no pocos objetos enterrados con sus huesos. Y la arqueología se ha empeñado en desmentir la teoría de los arios. Nadie niega aún el parentesco de las lenguas, tenemos la evidencia de sus relaciones; por ejemplo, el germano y el eslavo poseen cincuenta elementos comunes; el germano y el letón, treinta y cuatro; las lenguas italotas y el griego tienen ciento veintitrés puntos de identidad, y el sánscrito y el persa tienen noventa contactos con las lenguas del norte de Europa... Demasiados para ser simple casualidad, pero evidentemente no bastantes para establecer con ellos un sistema evolutivo de una cultura. Y mucho menos un parentesco de razas.

Actualmente las ciencias históricas parecen sospechar que algo de esta información filológica es aventurado, y volvemos otra vez a los museos, que ya habíamos abandonado, ejercitándonos seriamente en comparar sonidos y construcciones gramaticales. Los cráneos y los vasos y armas vuelven a ser examinados con impaciencia, para comprobar o refutar las hipótesis que habíamos formulado con ayuda de la filología comparada. Esto es lo que ha hecho en 1960 el profesor Bosch Gimpera.

Bronces de Torslunda con escenas mitológicas, según la representación que de ellas se hacía en las fiestas populares (Museo Nacional, Estocolmo). Estas matrices de bronce, del estilo de Vendel, servían para la decoración de los cascos.

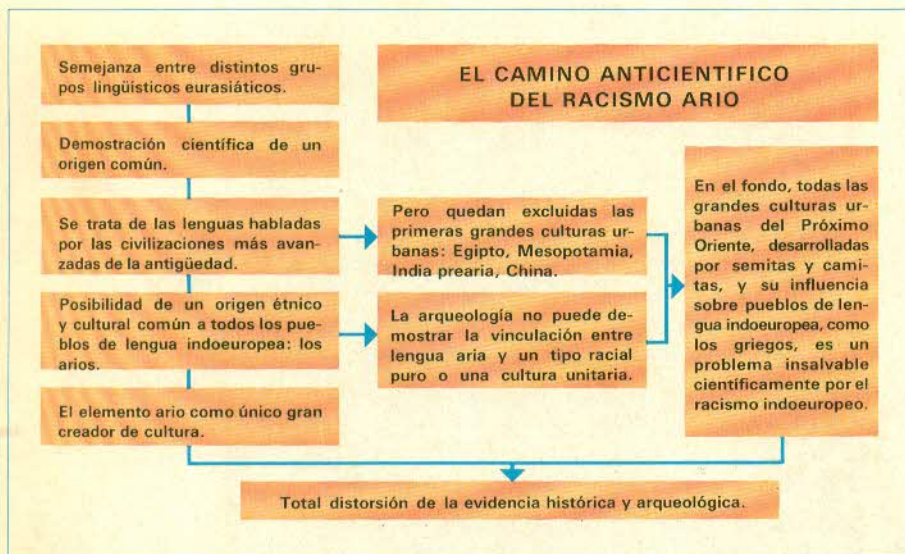
Hemos hablado de contactos de lenguas, pero lo que tienen de común no son sólo raíces de palabras, sino maneras de formar un tiempo del verbo o un caso, y esto ciertamente es impresionante. Pero las raíces, como hemos visto en el caso de *can*, nos dan sólo los sonidos de consonantes, las vocales cambian... Y aun en las consonantes, ¡cuántas posibilidades de error! Hay razas que tienen defectos de pronunciación y les es imposible pronunciar ciertos sonidos. Recordemos que los hombres de Galaad, para aniquilar a los de la tribu de Efraím, les hacían pronunciar la palabra *shibboleth*, que éstos repetían torpemente. Los franceses, cuando las Vísperas Sicilianas, eran reconocidos porque pronunciaban *sisiri* en lugar del *ciciri* siciliano. Los castellanos pronuncian *fetxe* por el *fetge* catalán, etcétera.

De esta variedad de pronunciación, debida a diferencias orgánicas, tenemos un es-

pléndido ejemplo en la familia de lenguas indoeuropeas con la pronunciación de la raíz de la palabra *cien*: unas conservan el sonido gutural *k*, otras lo han convertido en el silbante *s*. *Centum*, que debía sonar *kentum* en latín, es *hekatón* en griego, *hund* en germano, *ket* en celta; mientras que en sánscrito es *śatam*, en eslavo *suto* y *šimtas* en lituano. Los filólogos dirán que los primitivos arios tenían una palabra o un sonido para indicar el número cien y que, después de separarse, aparecieron estas dos variedades de pronunciación. Pero si las vocales ya no suenan y las consonantes pueden convertirse una en otra, ¿qué es lo que en definitiva queda del sonido primitivo? Porque en el caso de las palabras que indican *cien*, se percibe todavía la relación de unas con otras, pero no hay duda que en la mayoría de los casos esta relación se habrá desvanecido hasta hacerse imposible de apreciar el origen común. Además, estas palabras que

Vista de la costa de Kattegat, en la bahía de Aalbaek, Dinamarca.





parecen comunes podrían ser palabras prestadas de un idioma a otro, como sucede actualmente, que los latinos hemos aprendido *sport* y *bluff* de los ingleses y ellos usan nuestras palabras *guerrilla* y *desesperado*...

En la expansión de los indoeuropeos orientales es donde hallamos los hechos más sorprendentes. Fue sensacional, a partir de 1920, gracias a los trabajos de Hrozný, el descubrimiento de que los textos oficiales hititas estaban redactados en una lengua indoeuropea no lejana del latín y, por ende, del grupo kentum. Cuando dejó de usarse, quedó aún viva durante unos siglos la lengua luwita, muy próxima a la hitita.

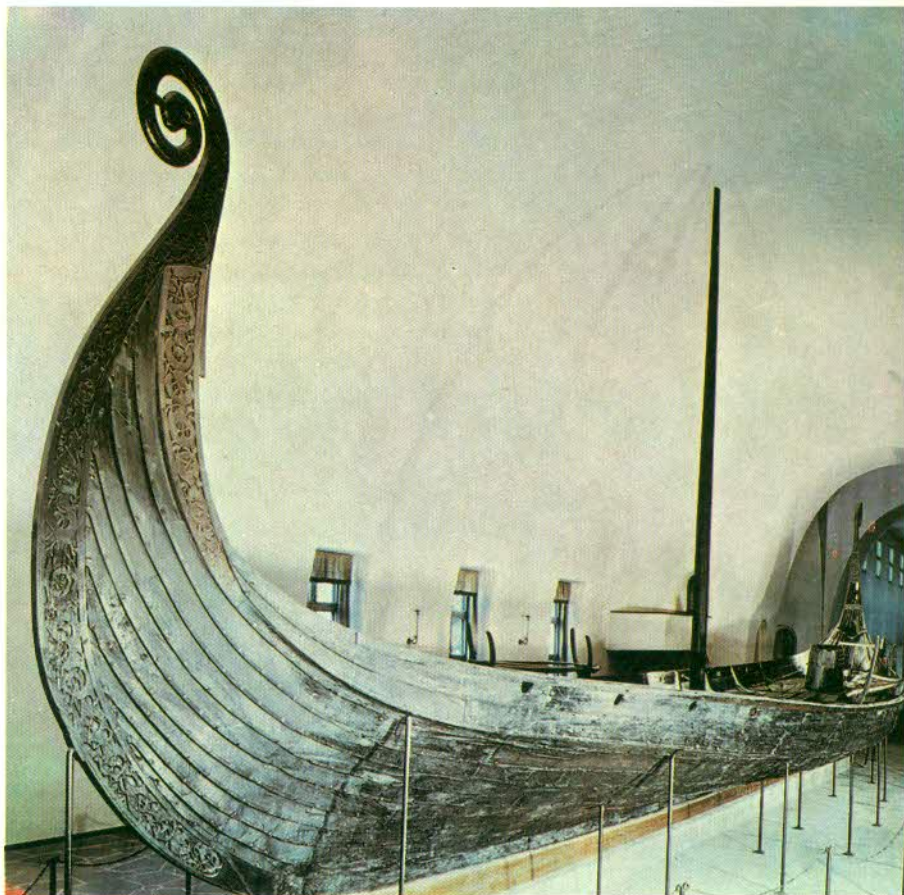
No menos importante fue el descubrimiento de la tardía inmigración de los grupos arios en el Irán y, sobre todo, en la



Vivienda típica actual del valle de Numedal, Noruega. Las casas de los vikingos eran muy parecidas a ésta. Estaban construidas enteramente de madera y no tenían ventanas al exterior. En el interior, las camas estaban dispuestas en torno a un rectángulo central, en medio del cual se encendía el fuego.

India. En este último país, el descubrimiento, desde 1925, de una cultura prearia en el valle del Indo, con yacimientos tan destacados como Mohenjo Daro, Harappa, Chanchu Daro, ciudades con grandes adelantos, obligó a una cronología mucho más corta para la entrada de los arios en la península indostánica (1200-1000 a. de J.C.).

Acaso el descubrimiento más enigmático fue el del pueblo tochario, cuyos vestigios en el centro de Asia pertenecen a unas gentes que hablaban una lengua indoeuropea y, sorprendentemente, del grupo kentum, o sea el occidental. Sin duda, formaron parte de las grandes migraciones pónicas que llevaron a los indoiranios a los territorios donde los conocemos. Su zona de origen, muy discutida, al igual que sus movimientos, puede



Reconstrucción de un navío vikingo procedente de Oseberg, Noruega (Universitetets Oldsaksamling, Oslo). Además de los buques de guerra, los vikingos usaron también embarcaciones de paseo que servían de sepulcro a sus propietarios. De este tipo es el buque aquí reconstruido.

situarse entre el Dniéper y el Ural. Menghin los identifica con los portadores de la cerámica pintada que se halla en China y que se ha incluido en la cultura de Yanshao, de comienzos del II milenio a. de J.C.

Parece que hay que identificarlos con los yue-chi, pueblo citado en textos chinos a fines del siglo III a. de J.C.; llegaron a la región del Tarim. Fueron vasallos de los hunos y tuvieron una gran participación en las luchas entabladas en el Asia central. En el siglo VIII aún florecían algunos de sus reinos y son de esa época los textos que nos han permitido conocer su lengua, del grupo kentum, aunque con elementos satem, lo que puede significar que representan una capa muy arcaica de cristalización del habla indoeuropea.

Sin negar, pues, la importancia de los trabajos de la filología comparada para la historia y la prehistoria, hoy por hoy hemos de reconocer que la información que nos procura es menos abundante y más sujeta a error que la que nos dan los materiales arqueológicos, y en el caso de los arios sirvió sólo para edificar un castillo sobre cimientos de arena. Nadie cree hoy en la unidad primitiva de todas estas razas, y el centro de dispersión, si es que lo hubo, no fue el poético y lejano Himalaya. En cam-



Estatuilla de Frö, dios vikingo de la fecundidad. Bronce fundido del siglo XI, procedente de Rallinge, Suecia (Museo Nacional, Estocolmo).

bio, aun a trueque de que nos crean propensos a aceptar puras paradojas en lugar de teorías bien establecidas (que así parecerá para los no especialistas la hipótesis de los arios), aun a trueque de ser tenidos por extremados, podemos asegurar al lector que lo que predomina hoy entre arqueólogos y etnólogos es la tendencia a creer que los llamados arios procedían de los llanos del sudeste de Europa y tierras vecinas asiáticas. Claro está que de su vida anterior a la época histórica no sabemos más que lo que nos enseñan sus lenguas y nos dicen sus huesos y sus armas. De sus primeras emigraciones carecemos de información documentada, pero de las últimas razas nórdicas, que todavía pudieron apreciar sin cruzamiento los es-

critores clásicos, vamos a decir algo de lo que conocemos.

Al final del período neolítico, el norte y el oeste de Europa estaban poblados por pequeñas naciones o grupos de familias enormemente espaciadas. La densidad de población no superaría a la que tenían los australianos, que se encontraban casi en el mismo estado de cultura. Se ha calculado que si la población de la Europa neolítica no era más densa que la de la Patagonia o el Ártico, donde viven los esquimales, también con un cuadro de vida parecido al de los primitivos europeos, los pobladores de Dinamarca no excederían de unos pocos miles al final de la edad de la piedra. Emigrarían de un lugar a otro empujados por las necesida-

El sol de medianoche en el fiordo de Narvik, Noruega.





Dije vikingo con representación del dios Thor (Museo Nacional, Estocolmo).

Sus armas son todavía la daga o espada primitiva y el hacha de bronce, hermo­seadas con decoraciones y relieves. Em­prenden sus bélicas campañas en partidas poco numerosas, de un jefe y varios guerreros adictos: doce, catorce, a lo más veinte; vagan du­rante años combatiendo juntos, sin echar de menos, al parecer, ni hogar ni familia, ni el vínculo a una tierra, que es lo que hoy lla­mamos patria. La tribu para ellos es su pa­tria; regresan de sus expediciones con el

Detalle de un montante de la puerta de la iglesia de Hyllestad, Noruega, que representa una escena de la leyenda de Sigurd o Sigfrido. En ella, el héroe nórdico atraviesa con su espada a Regin.

des de sus rebaños y su agricultura rudimen­teria, y más aún por sus querellas intestinas. La tierra aparecería desierta. “¿Quién dejará la Italia, o el África o el Asia, para ir a habitar la Germania, un desierto, sin cultivos, mundo espantoso?”, dice aún Tácito. Estas razas del norte y oeste de Europa pueden, pues, lla­marse nómadas al principio de la edad del bronce sin miedo de caer en un error; a lo más podrían llamarse “cultivadores nómadas”. César insiste en que sus enemigos no tienen gran afición a la agricultura; cuidan de los rebaños preferentemente; la leche, el queso y la carne son sus principales alimen­tos, y aun abandonan todas las tareas do­mésticas a las mujeres y esclavos. El rebaño es en muchos casos la presa que justifica la guerra y hasta el exterminio de otra tribu o familia; pero el goce de pelear, por sí solo, ya es suficiente motivo para empujar a estos pueblos a empuñar las armas.

Y para esta vida guerrera, los arios del oeste y norte de Europa eran de cuerpo ro­busto, bien conformado, *mirifica corpora*, dice César, sorprendido; Tácito también mencio­na el color claro de sus cabellos y sus miem­bros hercúleos, *rutilae comae et magni artus...* Y el mismo efecto de asombro ante la mus­culatura formidable de estos que llaman bárbaros, manifiestan Estrabón, Amiano Marcelino, Vitruvio y, en una palabra, to­dos los escritores clásicos que llegan a po­nerse en contacto con los pueblos que ha­bían permanecido sin cambiar grandemente de cultura en el noroeste de Europa desde los primeros días de la edad del bronce.

Los puros arios parecían hechos ex pro­feso para los duros trabajos de la emigra­ción y la guerra; en sus cantos, que se han conservado diluidos y cristianizados por ge­neraciones posteriores, ensalzan los comba­tes y las hazañas portentosas de sus héroes.



LA SOCIEDAD DE LOS VIKINGOS

Los vikingos, un pueblo marineresco escandinavo que irrumpió en la escena histórica muchos siglos antes de nuestra era, han sido objeto durante muchos años de las más fabulosas leyendas. Pero tenían una personalidad real que es preciso aclarar. Étnicamente pertenecían a la familia de los germanos y su lengua y cultura eran germánicas como las de todos los pueblos escandinavos. Esta comunidad lingüística y cultural de toda el área escandinava ha de tenerse muy en cuenta a la hora de profundizar en el conocimiento del espíritu de estos pueblos.

Su contacto casi exclusivo con el mar creó también un sentido de solidaridad entre los países escandinavos. Entonces no había una separación definida de estados como en la actualidad, razón por la que es absolutamente válido hablar de Escandinavia como un elemento unitario cuando tratamos de la era vikinga.

Las diferencias en sus costumbres y en las rutas marítimas elegidas se deben, sobre todo, a su posición geográfica y a sus peculiares características físicas. Es, pues, muy explicable que los noruegos eligieran como área de sus operaciones la zona norte del Atlántico; los suecos, el mar Báltico y la parte de Oriente accesible por los ríos rusos; y los daneses, el Sudeste, a lo largo de las costas de Francia, España y el Mediterráneo.

Pero estas áreas de influencia no fueron exclusivas de nadie, puesto que ninguno de los tres pueblos ejerció monopolio alguno sobre las mencionadas rutas. Por lo demás, es evidente que el pueblo que habitaba las costas rocosas y recortadas del oeste de Noruega había de tener un sistema de vida diferente del que tenían los habitantes de los campos llanos y acogedores de Dinamarca, bordeada de abrigados fiordos.

Durante la era vikinga, Escandinavia fue escenario de numerosas guerras, pero éstas tenían un carácter más de rencillas entre los magnates locales por dominar a sus rivales que de verdaderas luchas entre naciones. Al menos en la primera mitad de la era vikinga no se puede hablar de verdaderos reyes locales, pues era muy fácil y frecuente atribuirse ese nombre. Las realezas nacionales no aparecieron hasta el final del período vikingo, es decir, unos 1000 años a. de J.C.

El núcleo de la sociedad estaba formado por campesinos y artesanos, que constituían una clase media muy generalizada. Eran hombres libres y tenían señalados derechos, tales como el uso de las armas y el privilegio de integrar la asamblea local, en su condición de propietarios de tierras. En realidad, no había entre esta clase media ninguna diferencia, pero la importancia y poder de mando de quien poseía cien acres de tierra era superior al que sólo poseía diez, por ejemplo.

Por encima de esta clase estaban los dirigentes guerreros del pueblo y por en-

cima de todos el rey. Elegidos por el pueblo, eran los miembros de esta clase superior los que dirigían las grandes campañas de conquista. Si los jefes no lograban éxitos guerreros eran destituidos por el pueblo, que inmediatamente se ponía al servicio de otro jefe en quien tuviera mayores esperanzas. Lo mismo cabe afirmar de los reyes, que no gozaban de plena legitimidad hasta que la asamblea de los hombres libres les había jurado fidelidad. Este juramento de fidelidad era igualmente necesario para que, a la muerte del rey, empezara a reinar su hijo, que en principio era el heredero del trono.

La vida diaria de los campesinos está abundantemente descrita en algunas sagas, narraciones poéticas en prosa sobre los pueblos nórdicos, y no parece diferir mucho de la vida que hacía el resto de los campesinos escandinavos. El elemento natural de la vida campesina era la granja. Éstas estaban organizadas en estricta economía cerrada, de forma que cada una producía para sus habitantes todo lo necesario para la vida. Sólo en raras ocasiones eran llamados a la granja artesanos profesionales para realizar algunos trabajos especializados.

Estos operarios hicieron nacer una nueva clase social, aunque de poca importancia, pues la mayoría de ellos contemporizaba el ejercicio de su oficio con el cultivo de los campos, común a todos los campesinos. Entre este grupo de artesanos destacó pronto el de los forjadores, coto cerrado de gran especialización, reputado como profundo conocedor de su oficio. Los bienes de consumo que no provenían de la producción local, sobre todo los artículos de lujo, habían de ser adquiridos a los comerciantes, que constituían otra clase social, aunque en no pocas ocasiones eran también propietarios de tierras.

La mayor diferencia entre la sociedad de los vikingos y las restantes sociedades escandinavas era que aquélla tenía una clase social que no existía en éstas: la clase más baja, la de los siervos. Éstos tenían asignados los trabajos más duros, que no requerían ninguna especialización, sino sólo la fuerza física. Desde su nacimiento, los siervos pertenecían a sus dueños. No tenían ningún tipo de derecho legal y les estaba enteramente prohibido el uso de las armas.

Si una mujer libre tenía un hijo de un siervo, quedaba degradada de su clase social y descendía al nivel del padre de la criatura. En cambio, la sierva que tenía un hijo de su dueño, aunque no ascendía en la categoría social, ganaba merecimientos, pues había incrementado el poder personal del dueño con un nuevo servidor. Por lo demás, la condición de la mujer era en todo igual a la del hombre.

A este respecto, es interesante saber que el distintivo de la mujer libre, ama de casa, era un manojo de llaves que llevaba

colgado del cinturón. Ella era la jefa en el interior de la casa y a menudo se hacía cargo de la marcha de la granja cuando su marido y sus hijos estaban ausentes por motivos guerreros o comerciales. Todo esto se ha sabido gracias a numerosos hallazgos arqueológicos que han venido a confirmar las leyendas de la época. Por ejemplo, las tumbas de las mujeres son en todo iguales a las de los hombres; el ajuar mortuario de unas y otros es idéntico.

Los matrimonios se hacían por acuerdos familiares, y el amor, si llegaba a haberlo, nacía después de la unión. No obstante, algunas sagas narran el nacimiento de amores tumultuosos consumados al margen de toda conveniencia social.

Los hijos eran el orgullo y la riqueza de la familia. Antiguas leyes escandinavas permitían el abandono de los niños recién nacidos, pero esto no era una práctica común. Solamente los niños que nacían con deformaciones físicas estaban condenados a sufrir esta suerte. De todas formas, el abandono de un niño era considerado como un presagio de desgracias para los padres, y constituía un crimen execrable si ya le habían dado un nombre y si el padre ya lo había reconocido mediante la ceremonia de ponerlo sobre sus rodillas. Cuando esta ceremonia había sido cumplida, el niño era considerado como un miembro de la familia y, por tanto, disponer de su vida era un crimen.

En cuanto a la población anciana, era considerada como un estorbo. El hecho físico de envejecer era una desgracia no sólo personal, sino familiar, pero la familia tenía obligación de cuidar a sus ancianos. La inclemencia del clima nórdico hacía muy difícil la subsistencia a las personas de edad avanzada. No ha de extrañar, por tanto, que muchas veces no se atendiera debidamente a los ancianos, ya que las molestias que producían no eran compensadas por el escaso bien que aún podían hacer a la comunidad.

En el *Havamal*, colección de máximas, leemos unos consejos que han de regular la vida de los escandinavos. Por su espontaneidad y buen sentido, parecen dados para el hombre moderno:

Lleva siempre los vestidos limpios y decentes. Evita la lujuria. Si tienes mucho trabajo que hacer, levántate temprano para que el nuevo día no te sorprenda perdiendo el tiempo. No des tu amistad a los enemigos de tus amigos. No digas mentiras, pero si alguien te engaña, puedes tú también engañarle. Si llegas como invitado a una casa y tienes algo interesante que decir, dilo con moderación: si no tienes nada que decir, escucha con atención al que te ha invitado. No seas ambicioso. Bebe si te apetece, pero no te emborraches. Si recibes invitados en tu casa, ofréceles agua y toalla para lavarse y siéntalos luego a tu lado a orilla del fuego. En resumen, sé honesto.

V. G.

trofeo de riquezas y de gloria que presentan al rey o jefe de su clan; éste los recompensa con una parte del botín o con una vieja espada o una joya. Arranca a veces un anillo de sus brazaletes de oro, en espiral, para premiar a uno de sus hombres, y por esto al príncipe generoso se le llama "rompedor de anillos". Pero sólo después de una larga serie de hazañas y servicios recibe el guerrero, como premio, tierras donde establecerse, y entonces se casa, separándose así del círculo de nobles que forman la corte del jefe. Estos guerreros de su guardia, con los que emprende las más arriesgadas expediciones, viven en una cuadra, el salón real, que sirve de sala de banquetes y de recepción. Cuando no vagan lejos, en temerarias empresas de guerra, pasan el día en esta sala de banquetes recordando las hazañas de los héroes, o juegan a carreras o se solazan escuchando los cantos de un bardo ciego. La esposa del jefe, acompañada de sus hijas y sirvientas, descende, como gran honor, a repartir dádivas entre ellos y les ofrece la copa con la bebida de miel fermentada o *mead*. De un jefe escandinavo se cuenta que, para no cansar a sus huéspedes, les daba un día carne y vino y otro pescado y miel fermentada. El *mead*, según parece, era una bebida exquisita, y por esta causa las abejas son animales casi sagrados.

La forma de los *royal-hall* o sala del jefe nórdico ha dado lugar a grandes discusiones. Ninguno de ellos se ha conservado; sólo se encuentran ruinas, por las cuales se comprende que la sala de banquetes y reunión tenía planta rectangular o cuadrada. Los arqueólogos alemanes han supuesto que imitaba la forma de la basílica, que pudieron ver los arios en sus expediciones depredatorias. Había una pequeña basílica para establecer el tribunal en todos los campamentos romanos. Pero si la planta podía parecerse a una basílica con tres naves, la elevación del techo no sería la clásica de un tejado a dos vertientes. Como el hogar estaba en el centro de la sala, para la ventilación, haciendo de chimenea, debía de haber una linterna como torre en el centro. Así se ve dibujado con esta techumbre el salón real de la residencia de los príncipes daneses en Leyre. El conjunto está formado por crujías o salas independientes, con su tejado aparte; así son todavía las habitaciones privadas en Islandia, en que cada sala tiene una cubierta aparte. El *royal-hall*, que se halla en el centro del patio rodeado de las cuadras, es un edificio poligonal coronado con una especie de cúpula.

Cómo transcurría la vida en las residencias de los príncipes arios del norte de Europa se explica en los *Eddas* o cantos escandina-

Fibulas vikingas de bronce fundido con adornos dorados y plateados (Museo Nacional, Estocolmo).



Dije vikingo de oro con filigrana (Museo Nacional, Estocolmo).

vos, que, aunque son de redacción relativamente moderna, reflejan la civilización de las primeras edades del metal; en los *Nibelungos*, y más aún en el extraordinario poema anglosajón *Beowulf*, o en el antiquísimo poema irlandés *Chuchulainn*, donde se describe la algaría de una tribu contra otra para robarle su rebaño. Como se ve, los materiales no faltan; no sólo tenemos la información de testigos extraños, cuales eran los escritores clásicos, sino que de los mismos hombres de la edad del bronce en Europa nos

han quedado documentos literarios, aunque sean mutilados y transformados. Pero hay más todavía: hasta en las leyendas e historias posteriores se reconocen vestigios de esta organización militar prehistórica. Los doce pares de Carlomagno, la Tabla Redonda del rey Arturo, son poéticas idealizaciones realizadas en tiempos históricos y que se basan en tradiciones de un pasado mucho más antiguo, de aquel pasado casi mitológico en que el jefe bárbaro iba tan solamente acompañado de un grupo escogido de guerreros

*Rincón de un pueblo antiguo,
en Suecia, con las casas de
madera.*





para llevar a cabo con tan valiosa ayuda sus mayores proezas.

El personaje semidivino que veneraban los escandinavos y germanos como modelo y director para el eterno combate de la vida era Odín o, por otro nombre, Wotan. Parece que tuvo existencia real y fue Odín quien condujo a los arios del Cáucaso al norte de Europa. Allí los pelirrojos de las mesnadas de Odín encontraron descendientes de los primeros ocupantes de la edad neolítica, y la mezcla fue el tipo nórdico ario, marino y guerrero. Los primitivos escandinavos tenían otros dioses: Frey-Freya, dios andrógino que ayuda a la generación, y Thor, el dios ordenador del caos del mundo primitivo. Al divinizar a Odín se formó una trinidad: Thor y Freya adoptaron a Odín como hijo. Mientras Thor continuó destruyendo los *jotems* o gigantes y los *nicor* o monstruos marinos y Frey fertilizó la tierra con sus fuerzas generadoras, Odín ayudó a los guerreros en el combate. A los que mueren combatiendo, sus hijas, las Walkirias, los conducen al Walhalla o palacio-mansión de Odín. Va siempre montado en su caballo *Sleipnir* acompañado de mastines que aúllan, precedido y seguido de las cornejas del conocimiento presentido y recordado. Para conservar el recuerdo, Odín inventó el alfabeto nórdico, formado por caracteres de signos rectilíneos llamados *runas*. El mayor beneficio que Odín procuró a los humanos es la escritura rúnica.

A pesar de este gran invento de Odín, los primitivos arios del norte de Europa no llegaron a desarrollar las cualidades mo-

rales que alcanzaron los primitivos helenos, latinos y hasta los mismos celtas. Las raras virtudes de fiera desordenada, su placer en el peligro superado con riesgo de la vida, se mantuvieron hasta en los sucesores de aquellos primitivos del Norte que llamamos bárbaros empleando la calificación que les dieron los romanos.

En la historia de los longobardos, de Pablo el Diácono, encontramos detalles de la vida de los bárbaros que parece corresponder a los arios prehistóricos. Alboino, el jefe que conduce a los longobardos a Italia, cuando joven mata al príncipe Torisendo, de los gépidos, y como recompensa pide a su padre que le deje sentarse a la mesa con los guerreros. Pero no; por más que Alboino ha demostrado su valor, no puede sentarse entre los capitanes de su padre hasta que lo haya adoptado un jefe extranjero por hijo de armas, lo que más tarde se llamará ser armado caballero. Para encontrar este padrino, Alboino decide ir a la corte de los gépidos, con la idea de ser adoptado como hijo de armas por el mismo jefe cuyo hijo acaba de matar. Llega acompañado de cuarenta compañeros y es recibido inmediatamente, porque la hospitalidad es cosa sagrada entre los arios. En el salón real, Alboino toma el lugar del mismo Torisendo, a quien ha asesinado. El viejo rey de los gépidos suspira mirando a Alboino. "¡Contemplo ese sitio con placer —dice el pobre padre—, pero no al que ahora se sienta en él!" Uno de los gépidos, hermano del muerto, se burla de las polainas blancas que llevan Alboino y los longobardos.

Pared lateral de un cofrecillo franco de hueso de ballena, con escenas de la leyenda de los Nibelungos. A la derecha, Brunilda insta a Hagen y Gunnar para que maten a Sigfrido. En el centro, el túmulo con el cadáver de Sigfrido velado por Brunilda y el fiel caballo Grani. A la izquierda, Grani, sentado sobre el túmulo, interpelado por Odín. La inscripción que bordea las figuras está en caracteres rúnicos anglosajones del siglo VIII (Museo del Bargello, Florencia).

LAS EMBARCACIONES VIKINGAS

Es extremadamente difícil tener un conocimiento perfecto de las más antiguas embarcaciones escandinavas de las cuales derivaron los barcos vikingos. Aparte unos pocos barcos hallados en excavaciones en Amossen, Dinamarca, que datan del neolítico, solamente disponemos de algunas piedras grabadas como fuente de conocimiento. Entre éstas, las más antiguas representaciones de barcos similares al hallado en la localidad de Eskimo, embarcación de unos diez metros de eslora por casi dos de manga.

Según una teoría comúnmente aceptada, las embarcaciones de la edad del bronce tenían los flancos recubiertos de piel. Los barcos de madera aparecerían cuando estos trozos de piel o cuero fueron sustituidos por finas planchas de madera, cosidas las unas a las otras de modo parecido a como se había hecho con la piel. Otra teoría sugiere, en cambio, que las embarcaciones de la edad del bronce fueron una versión de las piraguas de madera, gradualmente perfeccionadas por sucesivos añadidos de planchas de madera en los lados, de forma que la antigua piragua no fue en la nueva construcción más que el fondo de la embarcación. Sea una teoría u otra la que mejor refleja la realidad, lo cierto es que entre la embarcación hallada en Eskimo y las representadas en las pie-

dras del norte de Noruega hay muchos puntos de semejanza.

El hallazgo de tres barcos en las cercanías del fiordo de Oslo ha desvelado por completo el misterio de cómo eran y cómo construían sus barcos los vikingos.

El primero de estos hallazgos tuvo como escenario la parroquia de Tune, Ostfold, en 1867. Las planchas superiores y las guías de madera que actúan a modo de costillas del esqueleto del barco habían cedido a la presión exterior, por lo que la forma del casco apenas pudo ser reconstruida con cierta verosimilitud. Esta inseguridad hizo que aquella reconstrucción no pudiera ser considerada como un modelo exacto de barco vikingo. Pero posteriores descubrimientos realizados en el curso de prolongadas excavaciones ayudaron a establecer la cronología de los barcos que más tarde se hallaron.

La embarcación hallada en Tune es de roble. Mide casi veinte metros de eslora por 4'26 m de manga. En relación a su tamaño, su calado es muy pequeño. A pesar de esto, el barco estaba equipado con una vela y once o doce pares de remos. Gracias a la ornamentación de algunos objetos de madera aparecidos en el barco se ha podido averiguar su datación: hacia la segunda mitad del siglo IX a. de J.C.

El segundo gran descubrimiento fue hecho en 1880, en una colina de enterramiento de Gokstad, Vestfold. A diferencia del anterior hallazgo, éste conservaba sus partes más importantes en excelente esta-

do, debido, sin duda, a que yacía en un lecho de arcilla. Sólo faltaban las partes superiores de los palos de nervadura. Su reconstrucción no se acabó hasta 1930.

El casco era enteramente de roble. Esta madera, a pesar de conservar buena parte de su dureza original, estaba negra por la humedad. Las piezas de hierro de la plataforma del barco estaban en bastante buen estado, tanto que más de la mitad fueron aprovechadas en la reconstrucción. Este barco es el más grande de los hasta ahora encontrados, con más de treinta y ocho metros de eslora. La forma de su casco parece haber sido diseñada para realizar viajes transoceánicos. Data del año 850 antes de J.C.

El último de los grandes descubrimientos de barcos vikingos se hizo en 1903, bajo una colina mortuoria cercana a Oseberg, Vestfold. Como el de Gokstad, también éste yacía en un lecho de arcilla, cubierto de hulla y piedras. El enorme peso que hubo de soportar había aplastado el casco del buque, pero la madera de roble de que estaba hecho se hallaba muy bien conservada. Éste ha sido el único barco vikingo restaurado con todos sus detalles, de manera que su forma actual es exactamente la que tuvo al ser construido hacia el año 800 a. de J.C. Mide unos veintidós metros de eslora y tanto el sistema de construcción como los materiales empleados son iguales a los de los anteriores descubrimientos.

V. G.



Dijé vikingo de oro con filigrana (Museo Nacional, Estocolmo).

“Parecéis yeguas con patas blancas”, les dice. Alboino replica: “Pregúntale a tu hermano Torisendo qué clase de coces dan estas yeguas”. La fiesta continúa entre burlas y pependencias; al final, sin embargo, el viejo rey da a Alboino las armas del hijo muerto porque admira el valor de su enemigo. No acaba aún aquí la historia. A la muerte de su padre, Alboino, ya jefe de los longobardos, ataca al príncipe gético que se burló de sus polainas blancas en el banquete, le mata y se hace una copa con su cráneo. Rosamunda, o la de boca de rosa, hija del gético, pasa a ser la esposa de Alboino y tiene que servir en los banquetes el *mead* y el vino en el cráneo de su padre. Esto es perfectamente histórico: Pablo el Diácono vio aquella copa; no hay duda alguna. Por fin, Rosamunda hace matar a Alboino por un amante, pero luego ella y su amante mueren también envenenados. ¿Son éstas historias de apaches o iroqueses, cazadores de cabezas? No, son arios, y arios del siglo V de nuestra era, aunque en verdad debían de ser poco diferentes de los arios del siglo XV antes de Jesucristo.



Así vivieron, y otras historias nos contarán cómo saben morir los guerreros arios. En el año 553, Procopio nos cuenta que una banda de godos resistía a un ejército bizantino. La mayor parte habían muerto “haciendo proezas dignas de los héroes antiguos”, pero el jefe de la banda, llamado Tejas, se resistía aún, cubierto el cuerpo con un gran escudo. Cuando este escudo se hacía demasiado pesado por las flechas que se iban clavando en él, un escudero le daba otro para cubrirse. Casi medio día había pasado así, defendiéndose, sin retroceder un paso, hasta que, viendo otra vez el escudo atravesado por doce flechas, pidió a su escudero una nueva panoplia; al cambiar el escudo por el nuevo, quedó al descubierto una parte del cuerpo del héroe y, herido en este momento por un dardo, cayó para no levantarse. ¡Qué escudos debían de ser aquéllos!

He aquí cómo muere otro ario. Beowulf, el héroe del poema anglosajón ya citado, después de haber servido largos años fielmente a su señor, a la muerte de éste es primero tutor de su hijo, joven aún, y después

casa con la reina viuda. ¡Qué vida, qué fatigas, qué peligros hasta llegar a ser el jefe de la tribu! Por fin, a su vejez, tiene aún que pelear con un dragón que guarda un tesoro. Vence, pero sintiéndose herido de muerte por un zarpazo del monstruo, se despide de los guerreros que le rodean: “He pagado con lo que me quedaba de vida este tesoro de joyas que he conquistado para vosotros. Después de mi muerte, no lo demoréis, construidme un túmulo alto de tierra que se vea desde la playa, para que los navegantes perdidos en el océano dirijan a él los proas de sus buques...”. Beowulf hace aún un último esfuerzo para arrancarse su collar de oro, su yelmo y anillo, y darlos a su sucesor... Sus guerreros levantan la pira funeraria y en ella queman sus tesoros. Sería una profanación tocar aquel oro que ha costado la vida de su jefe. La viuda canta su dolor con “el cabello despeinado”; canta sus temores, el futuro incierto sin la protección del héroe... “Mientras tanto, el cielo iba devorando el humo”, dice el poema... Sobre las cenizas levantan los compañeros de Beowulf el montículo que cubrirá su tumba

Vista del poblado de Godthaab, al oeste de Groenlandia. Los vikingos recorrieron casi todo el mundo conocido en su tiempo. Bordeando las costas occidentales de Europa, entraron en el Mediterráneo y exploraron sus áreas de influencia. Por el Atlántico llegaron a Islandia, Groenlandia y probablemente desembarcaron al sur de la península del Labrador, en América.

EL MITO ARIO

"Si se hubiesen mantenido rigurosamente separados los tres grandes tipos fundamentales de razas, sin haber llegado a mezclarse nunca, no cabe duda de que habrían afirmado su superioridad las ramas más hermosas de la raza blanca y de que el tipo racial negro y el amarillo, habrían sucumbido para siempre bajo las naciones más inferiores de aquella raza. Esto habría sido una especie de estado ideal, que la historia jamás nos muestra. Y sólo podemos formarnos una idea de él fijándonos en la indiscutible superioridad de aquellos grupos de nuestra raza que han permanecido menos mezclados..."

GOBINEAU

"Tan pronto como hablamos de la humanidad en general, tan pronto como creemos ver en la historia un desarrollo, un progreso, una educación de la "humanidad", abandonamos el terreno firme de los hechos, para movernos en vacuas abstracciones. Esa humanidad sobre la que tanto se ha especulado filosóficamente adolece, en efecto, de un mal bastante grave y es que, sencillamente, no existe... Hay que arrancarla cuidadosamente como la mala hierba..., para poder proclamar con cierta esperanza de ser escuchados esta evidente verdad: nuestra civilización y cultura actuales son específicamente germánicas, son exclusivamente la obra del germanismo."

CHAMBERLAIN

"Mi fe en la causa alemana no había decaído jamás, aunque sí debo reconocer que mi esperanza había sufrido una depresión profunda. Mi estado de ánimo se siente ahora renacer, gracias a usted. El hecho de que Alemania haya podido engendrar, en la hora de máximo peligro, un Hitler, es una prueba de su vitalidad..."

CARTA DE CHAMBERLAIN A HITLER, 1923

"Una de las premisas más esenciales para la formación de las culturas superiores es la existencia de hombres inferiores...; es indudable que la primera cultura de la humanidad no se debió tanto a la domesticación de los animales como al empleo de hombres inferiores."

HITLER

y doce guerreros dan vueltas al túmulo en fúnebre comitiva.

¡Qué teatral parece todo esto! ¡Qué poético y literario! Sin embargo, lo encontramos en un poema del siglo VI, aunque podría ser millares de años más antiguo. Si en nuestro mundo moderno se conservan algunas de estas prácticas, ¿qué no ocurriría en aquel tiempo? El canto de la viuda del poema de Beowulf es el "vocero" que todavía se canta en los funerales de la isla de Córcega. La marcha fúnebre la encontramos en los *Nibelungos*, en los funerales de Atila descritos por Pablo el Diácono, y todavía hoy subsisten reminiscencias de ella en los entierros militares.

Éstos son los arios primitivos del norte de Europa: su vida está en peligro constante; su riqueza son las joyas; su ambición, fuerza y triunfos, dentro de su círculo de pares o compañeros. Son aficionados al mar. Se desafían en torneos natatorios; Beowulf se gloria de haber escapado a nado de una derrota y llevando una carga de treinta escudos. Por esto, más tarde, algunos se hacen enterrar con su buque de parada cubierto de relieves.

¿Y las mujeres? Cómo eran estas mujeres arias nos lo dice brevemente un episodio histórico, relatado por Gregorio de Tours. Un jefe franco, Childerico, perseguido por sus



Collar vikingo formado por siete anillas de oro (Museo Nacional, Estocolmo).

enemigos, se refugia en Turingia, en la corte del rey Basinus y su esposa Basina. Cuando tiene la seguridad de que no será asesinado, Childerico regresa a su país y empieza a gobernar sus estados. Un día le sorprende la llegada de Basina, que ha abandonado a su marido. "Conozco tu valor y tu fortaleza, por eso he venido, para vivir contigo. Si hubiese sabido de alguien más fuerte que tú, a él hubiera ido, aunque hubiese tenido que cruzar el océano." Childerico se casó con Basina y tuvo de ella un hijo, que fue Clodoveo, el gran caudillo de los francos. El matrimonio debía de ser, pues, en la mayoría de los casos, un rapto, y la mujer debía de sentirse orgullosa de ser disputada. La poligamia o, por lo menos, las concubinas viviendo con la mujer legítima subsisten hasta después de convertirse estas razas al cristianismo. En la crónica de los reyes noruegos se explica un caso parecido al de Basina. Noruega estaba dividida en varios feudos independientes y el príncipe de uno de ellos, Haroldo, deseaba para esposa una noble dama, también independiente, llamada Gyda. He aquí la respuesta de Gyda a la petición de Haroldo: "No sería conforme que yo casara con uno que no es más que los otros señores noruegos; conquistelos, hágase rey de todo el país y entonces trataremos". Haroldo consideró a Gyda digna de ser su esposa. Prometió que no se cortaría el cabello hasta que Gyda fuera suya. Uno tras otro redujo a los nobles; tardó doce años en dominarlos y poderse llamar rey, y entonces Gyda lo aceptó sin reservas.

La residencia de los jefes, además del salón ya descrito para los banquetes y recepciones, tenía las dependencias en pabellones separados. De este tipo de granja real era todavía el palacio de los reyes francos en Braine, cerca de Soissons, tal como lo describe Gregorio de Tours. Había multitud de comedores, dormitorios y establos, todo dentro de un gran recinto rodeado de una cerca de postes clavados en el suelo.

Claro que estos conjuntos de edificios son sólo para los jefes; los lugartenientes nobles viven en casas más sencillas, de madera. Cuando los escandinavos emigraron a Islandia se llevaron los postes de sus casas, a los que habían asociado un valor religioso; al acercarse a la costa los echaron



Placas de bronce procedentes de Öland, Torslunda, en que se representan mimos y cofrades disfrazados con máscaras y yelmos en forma de cabeza de lobo (Museo Nacional, Estocolmo).



Piedra rúnica en las cercanías de Estocolmo. El caligráfico deriva de las runas o letras de la antigua escritura escandinava en que están escritas sus inscripciones. En la de la foto aparece la cruz, lo que denota su reciente fecha. El resto de la ornamentación tiene las características comunes a todo el arte decorativo nórdico.

al mar y fueron a construir sus nuevas viviendas donde los postes arribaron. En sus emigraciones las mujeres acompañan al marido, pero no en sus expediciones depredatorias. Debían de continuar las antiguas tareas domésticas de fabricar cerámica y tejer; llevaban una túnica larga con mangas cortas, sostenida y decorada con joyas y fibulas. Otro elemento de decoración es la hebilla para el cinturón, una aguja que priva de resbalar a la cinta o correa a través de un anillo que la retiene. He aquí los dos grandes descubrimientos después de la espada y de la rueda —la fibula y la hebilla—, que para los hombres prehistóricos debieron de ser objetos tan estimados como para nosotros la máquina de coser o de escribir. Todavía hoy usamos fibulas o imperdibles y nada mejor se ha encontrado que la hebilla, pero son útiles que no han evolucionado, no han tenido igual progreso que la rueda y la espada.

Las espadas son, de todos los útiles y armas, los objetos más preciosos, como obra, algunas de ellas, de Wayland, el divino forjador, el Vulcano de los primitivos arios. A veces estaban las espadas adornadas con empuñaduras de oro, pero lo que más se estimaba eran las hojas. Todavía el gran Teodorico escribe desde Ravena a su cuñado Trasamundo, rey de los vándalos en África, para darle las gracias por su regalo de espadas, “más preciosas por sus hojas que por sus monturas de oro. Su superficie resplandeciente es pulida como un espejo, y su corte es tan fino, que parece que el metal sea líquido. El centro de la hoja es cóncavo, de manera que uno distingue en ella como un relampaguear de varios colores”.

Así debieron apreciar las espadas los antecesores arios de Teodorico. La vida para el combate con la espada y el hacha arrojadiza, y el combate para la gloria, más que para conquistar el botín; éste parece haber sido el secreto de la fuerza moral que lanzó a los arios a la conquista del mundo. De los países nórdicos, de los estrechos del Báltico, descenderían primero unos cuantos a las tierras del Sur, donde estaban los iberos y ligures. Sin destruir completamente a estas antiguas razas prehistóricas, el puñado de héroes indogermánicos debía de imponer su lengua y su dominio. Vemos más tarde repetirse este hecho: en el siglo X, unos centenares de normandos conquistan Sicilia y la Italia meridional a los árabes o semitas. Cuando los visigodos llegaron a España, en el siglo V, no debían de ser muchos más tampoco y, con todo, se impusieron a los iberos de la península, romanizados. Así debió de ocurrir también veinte siglos antes, cuando los primitivos arios ocuparon el norte de Italia, y por cruzamiento con los mediterráneos, ya establecidos, crearon el tipo mestizo italiota, que dura todavía. Otros clanes ocuparon la península helénica, otros se lanzaron a remotas tierras y llegaron al Asia central, la India y Persia.

Del centro de Europa al Norte y del Norte al Sur parece haber sido el camino de los arios. No siempre la humanidad se ha movido de Este a Oeste: en los tiempos antiguos, Alejandro conquistó el Asia; Trajano llegó hasta el golfo Pérsico; en la época moderna, Napoleón fue a Egipto y más tarde a Moscú, y, finalmente, los portugueses, holandeses e ingleses fueron a la India siguiendo el camino de poniente a levante.

Queda por averiguar cuál era la mentalidad de los primitivos arios, sobre todo su religión. Éste es un problema difícilísimo y sobre el cual volveremos a insistir en el transcurso de esta obra. Según Max Müller, encontramos en la religión de los germa-



nos los mismos mitos de los griegos, y aún reaparecen estos mitos en la teología brahmánica de la India. La explicación de estas coincidencias sería, tal vez, que los dioses clásicos de Grecia y Roma, como las divinidades del Edda y los Nibelungos, tendrían un mismo origen: la religión de los arios primitivos adorando al Sol (Apolo) y la Luna (Diana) y a las fuerzas de la naturaleza (Ceres, Venus, etc.). Esta teoría se vino al suelo por completo al darse cuenta luego de que la mitología griega es, en gran parte, copiada de las razas semíticas: el origen de Marte, Venus, Baco o Dioniso y los demás dioses clásicos no está en el Asia central ni en el norte de Europa, sino en el valle del Éufrates. Hoy está completamente averiguado que Venus y Diana (o Artemisa) proceden ambas de la Ishtar babilónica; Marte es el dios Martu, que ocasiona las tempestades, también babilónico, y Dioniso es Dianisu, una divinidad solar venerada por los asirios.

Así, pues, la mitología clásica no tiene tanta relación con la mitología de la India como con la de los pueblos semíticos del Asia. Muy probablemente los griegos recibieron sus dioses, por mediación de los fenicios, de los semitas de la Mesopotamia. Por lo tanto, la concepción ideal de Max Müller y sus discípulos de una primitiva religión aria, de la que se derivarían las religiones de los pueblos europeos, la de los brahmanes indios y la de los persas, es insostenible. No hay un solo dios común a todas las diversas mitologías de los pueblos indoeuropeos; por lo tanto, la esperanza de encontrar la primitiva religión de los arios antes de separarse se ha desvanecido completamente. Es cierto que dos o varias razas arias tienen divinidades análogas, lo que indica un culto común en un período que vivieron juntas, pero no hay un solo dios que sea común a todos los pueblos indoeuropeos y que pueda, por lo tanto, llamarse el dios de los arios. El nom-

Grupo de caballos de Islandia. En la tradición pagana del culto de Odín, el dios de la guerra, los caballos ocupan un puesto importante.

Detalle del mástil del buque vikingo hallado en Oseberg.



Fíbula vikinga en forma de caja, hecha de bronce fundido y recubierta con delgadas láminas de oro y plata (Museo Nacional, Estocolmo).



bre de Agni —el dios del fuego de los indos— parece reflejarse en la palabra *ignis*, latina, y en la *ugnis*, lituana, ambas significativas de la idea de arder, pero este parecido de nombre no prueba que los lituanos primitivos y los latinos adoraran el fuego como los indos. El hecho de conservar los romanos un culto al fuego, con las vestales y la divinidad Hestia, no satisface tampoco, por-

que las más diversas razas y gentes poseen este culto del fuego sin haber tenido nunca ningún contacto ni tener ninguna relación de raza o civilización.

Así, pues, hoy por hoy, seguimos sin saber nada de la religión de los primitivos arios. Por lo que toca a los arios de Europa, no creemos que tuviesen ideas muy precisas acerca del origen del mundo ni se propusiesen tampoco este problema. Creían primeramente en ellos mismos, éste es el secreto de la fuerza de los arios. “¿En qué crees tú?”, le pregunta un emperador bizantino a un escandinavo de su guardia. “¡Creo en mí mismo!”, contesta el rubio espatario. Debían de creer además en seres sobrenaturales que vivían y andaban por la Tierra, aunque de manera distinta que nosotros. Creerían, asimismo, en prácticas y conjuros; sabían hacerse propicio el hado por medio de ceremonias y sacrificios. Las fuentes, los pozos, pueden proporcionar lo que se desea, así como los grandes árboles; todavía hoy en Irlanda existen pozos a los que se tiran las ropas de los enfermos para devolverles la salud. Los vados de los ríos, los puentes, son lugares sacratísimos, y para hacerlos propicios hay necesidad muchas veces de llevar a cabo un sacrificio sangriento. Las niñas inglesas tienen un juego de ronda, llamado “el puente de Londres”, en que se hace alusión a la víctima humana que hay que enterrar en los cimientos. De la mayoría de los puentes de Europa concócese alguna leyenda relacionada con esta superstición; ya sea el arquitecto, o bien su mujer, quien perece al construirlo, u otra víctima que sustituye al hombre que debe morir para que el espíritu del puente o el diablo queden satisfechos.

Análoga era la costumbre de poner atados varios esclavos a los tablones por encima de los cuales debe resbalar el buque que se lanza al mar y que allí morirán aplastados y con su sangre teñirán la quilla del barco, proporcionándole feliz agüero con su sacrificio. Hoy, en lugar de sangre, los barcos se bautizan con champaña; pero en esta costumbre, a la que por nada del mundo faltaría un constructor de navíos, hay una reminiscencia de la antigua y cruenta superstición de los sacrificios humanos.

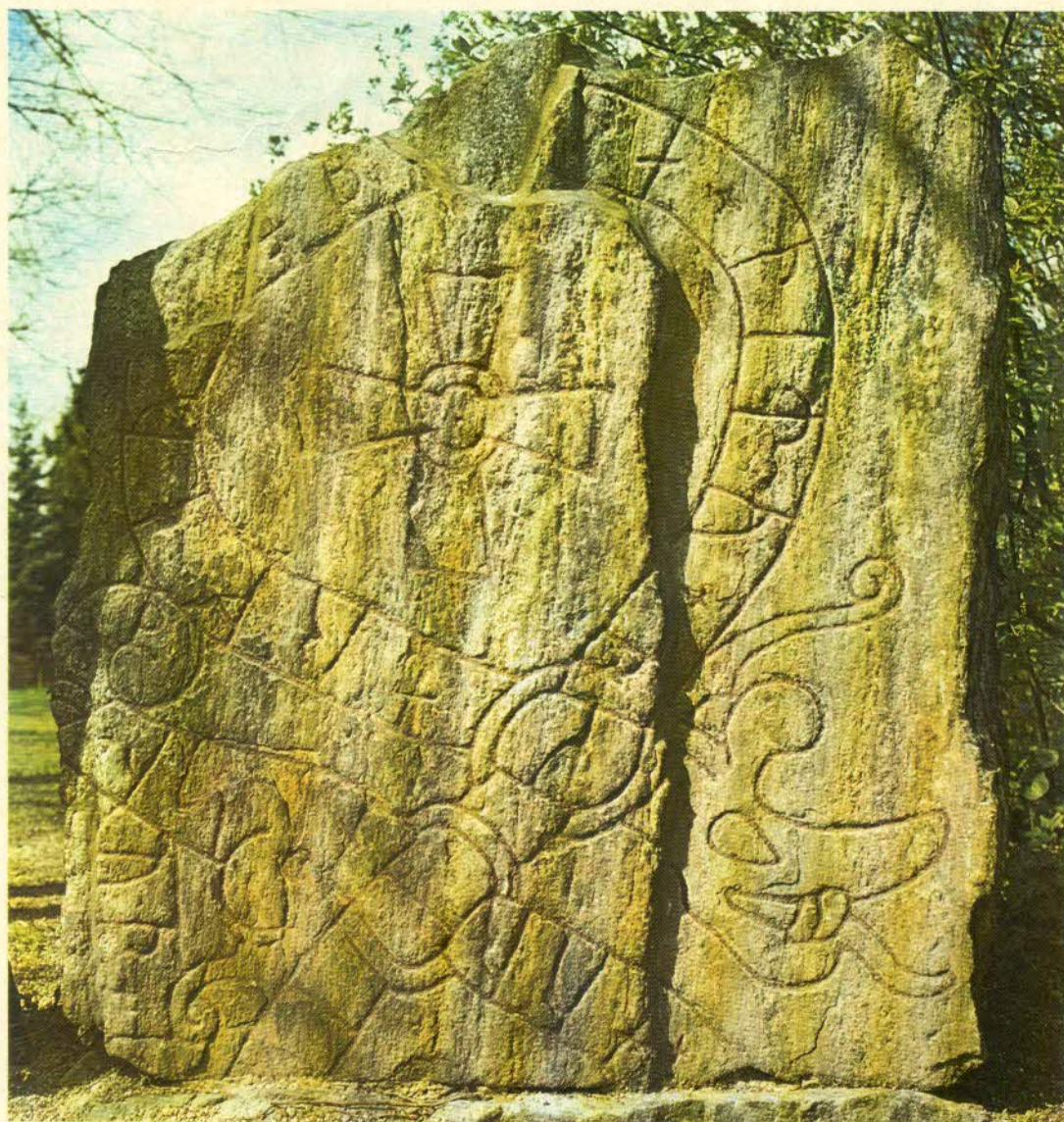
Entre los problemas espirituales que presenta este asunto de las razas de lengua indogermánica hay el de sus facultades artísticas. Sus objetos de oro y de bronce de la Europa septentrional están decorados con líneas regulares, geométricas, principalmente espirales o círculos concéntricos y entrelazados. En sus vasos, armas, fibulas, no se cansan de desarrollar esta decoración geométrica, sin valerse apenas de motivos ani-

males ni vegetales. Cuando se representan figuras humanas o monstruos, los más elementales principios de proporción o perspectiva son despreciados. Tal es su falta de respeto al natural, que hemos de creer que, preocupándose tan sólo de su ornamentación geométrica, deforman ex profeso los contornos y sistemáticamente cometen errores en que no incurrirían ni los niños. Así, pues, una tendencia irresistible hacia la estilización geométrica constituye el segundo estilo propiamente europeo. El primero era el arte de los pueblos mediterráneos y parece haber desaparecido con la Europa neolítica. El segundo estilo artístico europeo es ese estilo geométrico de espirales y entrelazados que, como ya hemos dicho en el capítulo anterior, será el fondo que ha alentado de manera permanente en todos y cada uno de los estilos que en el transcurso de la Historia han florecido en Europa.

Parece seguro que los arios no eran gran-

des constructores; sus salas de banquetes, los edificios más decorados que construyeron, eran de madera y toda su ornamentación consistía en entalles geométricos y astas de ciervo en el ángulo del tejado. Las construcciones de Atila en Hungría estaban sostenidas por vigas con escultura incisa. Nada de piedra. Para los arios del *Beowulf*, los dólmenes y construcciones megalíticas son ya obra de gigantes. Los arios de la India no parecen haber sido grandes constructores antes de la llegada de Alejandro, y tampoco hay en Persia construcciones anteriores a su contacto con los semitas del valle del Éufrates. No; los arios no parecen haber sido un pueblo constructor, como los egipcios, ni amigos de acaparar riquezas y poseer millares de esclavos, como lo fueron los asirios. Su fuerza era tan sólo su brazo. "Mis arreos son las armas, mi descanso el pelear", repite aún el último caballero de Occidente, don Alonso Quijada o Quejano.

Disco vikingo de oro trabajado a punzón, en el que se representan la figura de un caballo y la esvástica aria (Museo Nacional, Estocolmo).



Piedra rúnica al estilo de las que los vikingos grabaron en todos sus viajes y que conmemoraban el recuerdo de los dioses o de alguna persona querida ausente.

BIBLIOGRAFIA

Arbman, H.	<i>The Vikings</i> , Londres, 1960.
Craigie, W. A.	<i>The Religion of Ancient Scandinavia</i> , Londres, 1906.
Ekwall, E.	<i>The Scandinavian Element</i> (en <i>Introduction to the Survey of English Place-Names</i> , I), Cambridge, 1924.
Hodgkin, R. H.	<i>A History of the Anglo-Saxons</i> , II, Oxford, 1939.
Manguin, A.	<i>Au temps des Vikings, les navires et la marine nordiques d'après les vieux textes</i> , París, 1944.
Musset, L.	<i>Les invasions: le second assaut contre l'Europe chrétienne</i> , París, 1965.
Olrik, A.	<i>Viking civilization</i> , Londres, 1928.
Oxenstierna, E. G.	<i>Les Vikings, histoire et civilization</i> , París, 1962.
Sawyer, P. H.	<i>The Age of the Vikings</i> , Londres, 1962.
Toyne, S. M.	<i>The Scandinavians in History</i> , Londres, 1948.



Embocadura de vaina de espada vikinga con decoración simple, regular y simétrica (Museo Nacional, Estocolmo).